

Freud, Freudismo y las Verdades Sociales

Por Eugen RELGIS

- II -

Ofrezco aquí dos ejemplos para poner de manifiesto con cuánta lucidez diseña Freud las realidades sociales.

El primer ejemplo se halla en un extracto de su estudio: *Das Unbehagen in der Kultur* (1)— lo que podría traducirse por la indisposición o el malestar en la cultura— y se refiere a un principio, muy conocido, utilizado con exceso por los moralistas de todos los matices: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Este mandamiento bíblico es, según Freud, el más potente escudo de la "agresión humana" y también una prueba extraordinaria que evidencia el procedimiento, carente de sentido psicológico, de la cultura basada en el Super-Yo (*Kultur-Uber-Ich*).

Es un mandamiento que no puede cumplirse, porque una "inflación" tan inmensa, tan magnífica del amor no puede más que rebajar su valor. Si, lo desprecia, y, por otra parte, de ningún modo puede apartar la necesidad del mismo. La cultura pasa por alto este fenómeno. Ella advierte. Sólo quiere llamar la atención sobre un principio moral. Cuanto más difícil es la práctica de una prescripción, cuanto más penoso es el cumplimiento de un mandamiento, tanto más meritorio es. Pero, en la cultura contemporánea, aquel que cumple íntegramente el precepto del amor al prójimo no llega a otro resultado que colocarse, él mismo, en una situación desfavorable frente a los que desconfían este precepto. "¿Cuán formidable tiene que ser el obstáculo que la agresión (la violencia) opone a la cultura, si por el simple hecho de rechazar la agresión uno puede volverse tan desgraciado como en el caso de ser él mismo el agresor!" La supuesta ética natural puede ofrecer a uno nada más que la satisfacción narcisista de poder considerarse mejor que los otros. La ética que se apoya en la religión (como el mandamiento de amar a su prójimo) paraliza y hasta aniquila sus propias promesas acerca de un mundo mejor, en el "más allá".

"Creo, precisa Freud, en tanto que la virtud no sea recompensada sobre la tierra, toda predica moral sería vana. A mí también me parece, indudablemente, que una transformación real en las relaciones humanas, en lo que concierne la idea de la propiedad, sería mucho más eficiente que cualquier mandamiento ético; sin embargo, este modo de

ver está perturbado, por los teóricos socialistas, a causa de una errónea comprensión de la naturaleza humana, de una nueva interpretación idealista de esta naturaleza y, de este modo, pierden su valor en lo que concierne su realización".

He ahí como, mediante la misma dialéctica psicoanalítica, aplicada a un principio ético, Freud demuestra, en algunos renglones la parte vulnerable de la religión que se enreda en sus propias promesas acerca del "mundo del más allá". El sitúa el amor al prójimo y la recompensa de la virtud sobre la tierra, en la actualidad y en el individuo, llegando después al reconocimiento de un principio económico-social con respecto a las nuevas relaciones entre los hombres y la idea de la propiedad. Pero no vacila en poner de manifiesto el error de los socialistas que, por exceso de idealismo (nosotros diríamos: por exceso de materialismo) ignoran la verdadera naturaleza humana y, por eso, no pueden todavía realizar íntegramente el principio esencial de su doctrina. Cualesquiera sean nuestros conceptos personales, percibimos en esta crítica social de Freud el hueso duro de la verdad.

El segundo ejemplo es mucho más sorprendente, porque se refiere al problema fundamental del Estado, esto es: a las relaciones entre los ciudadanos y los que tienen en sus manos los frenos del gobierno. Reproduzimos un párrafo acerca de la guerra y de la muerte:

"Los pueblos están representados por los Estados que ellos constituyen; estos Estados, a su vez, por los gobiernos que los dirigen. El ciudadano que pertenece a cierto pueblo, puede constatar con espanto, durante la guerra, lo que además podría observar también en tiempo de paz, es decir: que el Estado ha prohibido al individuo la práctica de la injusticia, y eso no porque quiera abolirla, sino para monopolizarla, igual que la sal y el tabaco". (2).

El Estado beligerante, afirma Freud, no vacila en cometer cualquier injusticia, cualquier violencia que, cumplida por un individuo, lo deshonraría. El Estado emplea contra otros Estados no solamente la astucia permitida en cierto grado, sino también la mentira consciente, el engaño intencionado, en una medida que parece sobrepasar los límites habituales en las guerras anteriores. El Estado exige abso-

LABRAPIA

(Brasil - Cuba - Colombia - México)

luta obediencia a sus ciudadanos; les pide que se sacrifiquen por él, suprimiendo hasta el derecho de expresar sus opiniones. Por ocultar excesivamente sus "secretos" por la censura de los periódicos, la interdicción de las reuniones públicas, etc., él desarma a los que son, de este modo, oprimidos moral e intelectualmente, y los convierte en seres incapaces de reaccionar contra cualquier situación desfavorable y contra los malos rumores. Se desembaraza de las garantías, de los tratados por los cuales se ha comprometido ante otros Estados, y reconoce sin reticencia alguna su codicia, su brutalidad, su sed de Poder, todos los defectos y vicios que el individuo, el ciudadano, estará obligado a tolerar, aprobar y, luego, exaltar por patriotismo...

"Que no se replique que el Estado no puede renunciar al empleo de la injusticia, porque se hallaría entonces en una situación desfavorable. Para el individuo también, someterse completamente a las normas comunes, renunciar al ejercicio brutal de la fuerza es, generalmente, una situación muy desfavorable; y el Estado, por otra parte, raras veces está en condiciones de indemnizar al individuo por el sacrificio que le pide. Por eso, nadie puede extrañarse del hecho de que la relajación de todas las relaciones morales entre las grandes individualidades de la humanidad (es decir, entre colectividades, pueblos, Estados) haya tenido, la misma influencia disolvente sobre los individuos también. Porque nuestra conciencia no es el juez inaplazable tal como lo presentan los moralistas; en su origen, esta conciencia es lo que se llama "miedo social" y nada más. Cuando una colectividad se reserva el derecho de represión, cesa también el refrenamiento de los malos impulsos, y los hombres cometen actos de crueldad, perfidia, traición y barbarie cuya posibilidad era considerada como incompatible con su nivel cultural".

Quien lee con atención estas frases, redactadas en tono moderado,

más bien frío, objetivo, como algunas comprobaciones científicas, puede convencerse de que — mediante su método analítico o su "dialéctica psicológica" — Freud ha expresado una áspera crítica contra la doble moral practicada por el Estado (particularmente por el Estado fascista, totalitario) en tiempos de paz o de guerra. Las relaciones entre el individuo y el Estado están caracterizadas apenas por algunas enunciaciiones, pero de una manera tan categórica, que cualquier partidario de la libertad individual y de los derechos de la personalidad humana les aprueba, por lo menos en su conciencia, en lo hondo de su conciencia libre, y no de la conciencia limitada, que es la expresión del "miedo social" al que alude Freud. Por su crítica social, en la página citada, Freud arranca la máscara del Estado tiránico, absolutista. Esta crítica es una manera de reaccionar contra el fetichismo estatal; es la afirmación del individualismo creador, contra la "autoridad", pero también contra el "espíritu de rebeldía", de ese servilismo abyecto que, so pretexto de algunos "intereses superiores", acepta todas las opresiones y todos los crímenes, todos los horrores y negaciones de la barbarie organizada militarmente. El nombre popular y "patriótico" de esta barbarie es: Guerra, pero ella se oculta muy a menudo bajo el nombre enfático e idealizado de la Revolución. (¿Acaso, no hemos sido testigos de tantas falsas revoluciones, fascistas, nacional socialistas, pseudo-comunistas, que no expresaban otra cosa que la sed de Poder de algunos dirigidos fanáticos, de algunos je-

(Pasa a la página 7)

MANCIPIALIDAD

No soy, no seré yo nunca jamás municipalista a contrapelo o a ultranza. Y mucho menos baruliento, confusionario y a tontas y locas, como lo son tantos tontolocos, indiscernidores e indiscriminantes de criterios, sin sínderesis y sin pizca de cacumen.

En la municipalesca no carnavalesca, hay que poner de banda al municipio romano, apartándolo de la buena compañía que no merece, del municipio ibero. De los 2 cuates, el señor es el yúnior, y el yúnior es el señor. Más claro: la bondad está aquí naturalizada en la protohistoria; y la vaciedad en la juventud. Sustancialmente, no hay hermanos de apellido, que se abofeteen más tortillarmente de sangre y de hecho. Ni inocencias de Abel, que como en este caso, tengan que llorar desgarros de la monta, de los que aquí consumó la quijada del garrañón Caín.

En el municipio consular, el nombre y la cosa son criaturas o críos del Estado isaaquicida, caverna y caserna, hechos a su imagen y semejanza y según natura del reverendo putativo padre. *Municipium*, de *munus* y de *capio*, significa pinzador de munerie, agarrador y agarrotador o garrotero de presas.

El municipio que nos acunó, fue una culebra cornuda; es un Estado pollo, como éste es un municipio gallo. Tiene la municipalidad en vigor poder legislativo omnimodo (ayuntamiento), id. ejecutivo irresponsable (alcaldía), id. judicial inamovible como el hormigón (juez pascense), ejército de soldados de plomo (gendarmes y civilonera), culto deívoro (parroquia), burocracia de bureles marrajos (secretaría), hacienda de que ni tu amo te vea (arbitrios, arbitrariedades y otra rasca), etc. Y ni gimnasio, que no sea de gimnastas y de gimnosofísticos; ni asistencia, que no pare en fila pura; ni higiene; ni servicio de clase alguna, que valga un sello mojado. En vez de eso, tabernas, toros, procesiones, timba o casino, matones, zorrera, incluida. Sobre el desamparo edilicio de los niños léase el "Oliverio Twist" de Dickens. De sus escuelas, ha escrito Aláiz con superior penetración, que no darán luz, hasta que se les apriete fuego. La clásica municipalidad es una municipalidad, que debe ser emancipada, que tiene que dejar de ser máncipe o sierva de brutos vestidos de quetzales.

El municipio de los 7 montes lo era a la vez de los 7 capitales pecados. Fue una oficina cobratoria de tributos, multas y alcabalas, a las órdenes mortales de un pretor o un procónsul, gobernadores que desgovernaban cuanto tocaban. Los curiales o municipios respondían con su fortuna personal de la incautación de impuestos. Este mismo carácter conserva, como en lata, a partir de las monarquías absolutas y disolutas, además del de zona de reclutamiento de quepis sin capis o *caput*. Modernamente ha devenido nuestro pimpollo un antro caciquil; una lonja de votos, en la que ningún pobre rehusa el hueco de un duro, que le tiran por la papeleta electoral, diciendo lapidario: "El rey de mi hambre soy yo; el zar de mi improvidencia, menda". En el *impasse* mediévilico, pueden perdonarse al munucaptor algunos de sus lunares, por haber fungido de fortaleza anti-señorial y anticuadral.

Por entero discrepante de esta barbarie, es la agrupación social primaria ibera; nacida de la karuba berber y del nomo egipcio (ascendencia ilustre); destruida por las legiones de lobos de la Loba; renacida con el nombre de Consejo en la medievalidad, baronial, de abadengos y de episcopos; asesinada en la Mancha molinera y quijótica por el cesarismo austroborbón o bumbum; y vuelta a salir de su hornija en 19 de Julio del 36 con las colectividades de la agromenestra de aquellos inolvidables días.

El municipio ibero no es una reducción, ni una caricatura de estatidad inferno-averna. No hay en él propiedad de lo inapropiable (tierra, aguas, minas, gas, aire, sol, electricidad, etc.); exclusividad hambreadora y productriz intensiva de desocupación y angustia nada filosófica. No cuenta nuestra prenda con casamatas o tinajas carceleras; con picotas y con cepos. No existe alguacil perseguidor de mendigos, que fabrica a todo trapo y a toda capacidad el monopolio. No está cosida de changarros, que son otras tantas guillerías, con pesadores más prestidigitos que Frégoli. No pasean su calle sores o papillones, de quienes a lo mejor no se está seguro, ni amarrándolas con cinturón de castidad. El veterinario y el sangrador; el yerbero, el güesero y el santero no hacen de Hipócrates. El maestro no lo es de haberín, ni para analfabetizar; y el barbero no desuella y abisma cutis, mientras perora. Falta venturosamente el páter, que esgrime el Cristo como un *chasepot*.

En ese tesoro una democracia en pie y al trote largo; vibraciónica; no glosopédica, podagrosa, toxicómana, drogadicta, ilocomóvil y de llantas vesicantes o ponchadas; ni troposa o trópica, ni tópica, ni utópica; realista, puertofranca, experimentable. Una comuna o comunidad libre, una gremialidad autónoma; un sindicato operarial soberano, con todo el control político, social y económico, anclado y centrado en la asamblea. Fue esa maravilla, en una palabra, el sol de pasados remotísimos, hecho un carbón al presente; pero, que tornará a constelar de chispas y garbas de luz, cielos y tierra, en el provenir. *Angel SAMBLANCAT*

(1) Internationaler psychoanalytischer Verlag, Viena 1930, p.132-153.

(2) Zeitgemas über Krieg und Tod.



Lactancia mixta!

Aún un pequeño $\frac{1}{2}$ de leche materna

Eledon
Leche semidescremada ácida

asegura al lactante un crecimiento y una inmunidad mejores. De ahí el valor de la lactancia mixta.

Para "completar" la leche materna se necesita una leche rica en proteínas y bien tolerada, como el ELEDON.

El gusto ligeramente ácido del ELEDON permite que el niño pueda recibir el babeurre durante largo tiempo sin abandonar el seno.

NESTLÉ

COMRADE

LA MAS FINA DE LAS BICICLETAS INGLESAS

MODELOS PARA 1957

COLORES ATRACTIVOS — FUERTES Y ELEGANTES.
TODO TAMAÑO PARA AMBOS SEXOS

SEPRE LA SUYA PARA NAVIDAD

Augusto Carballo & Hnos.

Frente a la Caja Costarricense de Seguro Social.

APARTADO 482 — TELEFONO 2891